

Resonancias

Agustín Monsreal

A Ignacio Solares

Mi niño, pensó Verónica al conocer a Arturo, sin saber ni preguntarse por qué había pensado aquello. Es hermosa como la luz, se dijo él con certidumbre absoluta. Y fue suficiente, comenzaron a salir por las tardes, a compartir ilusiones, secretos, con una confianza rápida y clara, a sentirse tan bien juntos, la mano de Verónica apoyada en el brazo de Arturo, a dejarse llevar por la novedad de su encuentro, el prodigio de su cercanía, iban al planetario que a él le gustaba tanto y donde pasaban horas enteras, a tomar café con pan caliente, paseaban en los caminitos de los parques, se admiraban, regocijados, porfiados en su sonrisa, categóricos en su entrega de besos inaugurales, que era más de lo que nunca pudieron imaginar, y se quedaban callados, satisfechos, seguros de sí, iluminados por el resplandor, la perfección de su recién conquistada identidad, pájaros azorados de cara al hecho dulcísimo, esencial de poseer un destino común único, insustituible. Eran felices y estaban convencidos de su felicidad.

A Verónica le entusiasmaba mirarse reflejada en los espejos, y su entusiasmo creció al advertir su extraordinario parecido con Arturo, a pesar de ser tan distintos, experimentó un genuino alborozo, un ávido clamoreo de júbilo en su corazón. Estar delante de él era estar frente a un espejo, había entre ellos una semejanza de hábitos excepcional, bastaba que cualquiera de los dos adoptara una actitud, un ademán, para que el otro lo copiara de inmediato y se lo apropiase, inconscientes de la espontánea y lisonjera seducción, del placer recíproco que les proporcionaba.

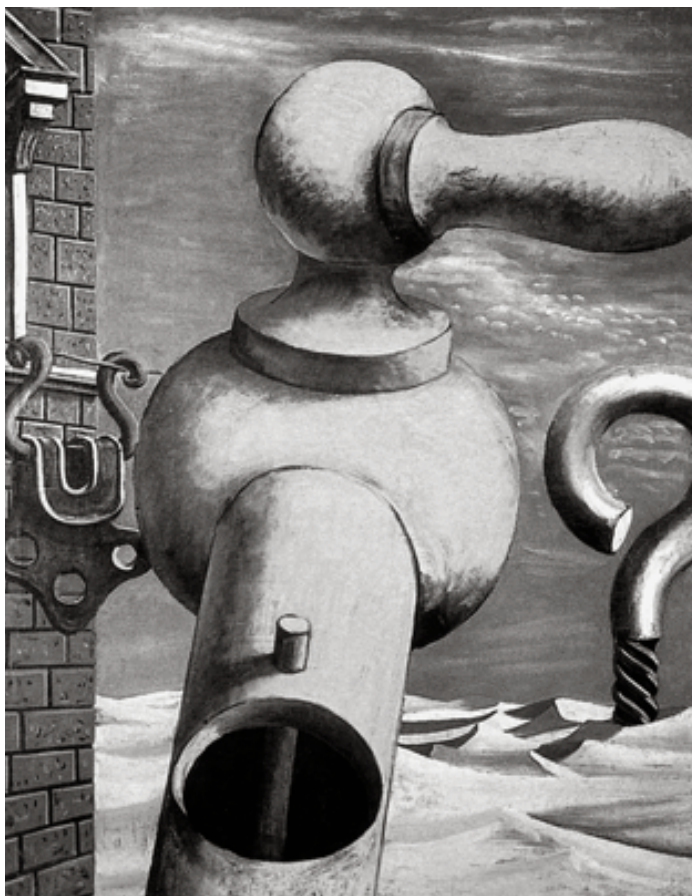
No esperaron mucho para casarse, qué sentido tenía. La familia de ella estaba encantada pero tomó el asunto con ciertas reservas, era una familia de mujeres que calificaba a Verónica de rara porque casi no tenía amigas ni era muy aficionada a las fiestas, a los ajetreos y las emancipaciones sociales de las jóvenes comunes, y Arturo podría llegar a fastidiarse aunque lo cierto es que Arturo tampoco era muy dado a las frivolidades, tenía pocos parientes, vivían en el extranjero, y él sin ser un ermitaño sí se juzgaba un hombre solitario. Adquirieron un de-

partamento bien ubicado, cómodo, funcional, estancia amplia, tres habitaciones, una para la pareja, una para el hijo que sin duda vendría y otra más para el estudio de Arturo. No hubo ni contratiempos ni sombra alguna en el sendero, el matrimonio fue fácil y tuvieron una espléndida luna de miel a la orilla del mar. Un domingo al mes iban a comer a casa de la mamá y las hermanas de Verónica, que eran más chicas que ella y la menor, Lucía, también muy hermosa y un poco retraída. Llenos de fervor, participaban en las mismas actividades y no consentían en separarse por ningún motivo. Cuando Verónica quedó encinta las puertas del cielo se abrieron por completo y Arturo trajo a casa el microscopio y el telescopio, quería enseñarle a su hijo, desde sus primeros años y en la medida de lo posible, cómo guardan relación y se corresponden entre sí cada una de cuantas cosas conforman el Universo.

Pero su hijo murió antes de nacer; su vida fue breve y oculta.

El ángel oscuro del infortunio los sorprendió inesperadamente y sin piedad, de forma innoble, incomprensible, como una gigantesca equivocación, una malignidad invisible, inaudita, que trastocó el orden de su esperanza, los rebosó de una angustia suprema y les volvió de revés el alma. La dicha que creyeron suya, jamás florecería de nuevo. Habían sido despojados arder, indefendiblemente de su alegría, de su afán inmenso.

Verónica asumió el hábito de posar su mano sobre el estómago en un gesto de nostalgia continua e inadvertida. Al vestirse observaba su regazo con humildad, con devoción, en busca de una respuesta, acaso próxima a la que demandaba Arturo del espacio sideral. Sin haberlo expresado jamás convinieron en no hacer alusiones a la desgracia que los afligía, callar la pena, esconderla bajo capas y capas de disimulo los armaría de coraje para ganarle a la tristeza y salir adelante. En los atardeceres, las conversaciones se reducían a comentar las actividades de cada quien o quizás algunas remembranzas de la infancia, de la adolescencia, cautos, temerosos de que si tocaban



Antonio Berni, *La metamorfosis del pájaro azul*, 1930

los bordes del presente algo en sus adentros podría despedazarse. Poco a poco iban refugiándose en silencios cada vez más prolongados y su contacto con el exterior se redujo a lo indispensable. Arturo acudía a la rutina del despacho, atendía exigencias de los clientes, revisaba documentos, tomaba un par de tazas de café, intercambiaba bromas y opiniones con sus compañeros, con sus jefes, regresaba al hogar y, luego de comer, ansioso de acercarse a la relación sagrada entre lo máximo y lo mínimo, se encerraba en su estudio a examinar partículas de existencia a través del microscopio y en la alta noche sacaba el telescopio al balcón para acercarse, con la pura voluntad de los ojos, con curiosidad insaciable, a la fascinación que le provocaba contemplar las estrellas, el fulgor de las estrellas. Al final de la jornada, depositaba sus labios en los de Verónica, buscaba su cuerpo aún misterioso, cómodo, sutilmente irresistible, y se hormaba en él sin mayor pasión, sin caprichos, pero sí con amor, con profundo amor.

La sombra del hijo malogrado se desarrollaba alrededor de ellos, en ocasiones era una presencia casi fija, el olvido imposible, el miembro amputado cuyo recuerdo no deja de doler. Cuando Arturo no estaba a su lado el

día se hacía eterno y ella, con paso monótono, sigiloso, con aire ausente, iba a limpiar, a ventilar la habitación que habían acondicionado para la llegada de su hijo. Al principio esta labor carecía por completo de sentido, aparte de que le hacía daño y le causaba miedo. Lentamente, sin embargo, se convirtió en una especie de ritual y acabó por descubrir que cuando se encontraba ahí era posible modificar lo sucedido, lograr que las manecillas del reloj continuaran avanzando y detenerlas en el instante preciso. Una mañana en apariencia idéntica a las anteriores, comenzó a mecer la cuna vacía y a murmurar palabras de consuelo. Fue una cosa tan espontánea, tan real, que a la hora de la comida comentó, en tono ambiguo, mitad preocupación, mitad un indefinido contento, que el pequeño Arturo debía de estar indisposto.

—Lloró casi toda la mañana —dijo.

El asombro no permitió que Arturo respondiese nada, la revelación lo tomó de sorpresa, no comprendía de qué se trataba, había un error en alguna parte, no sabía cómo explicar ese vértigo, esa punzada que se le encajaba en la nuca. Mientras tanto el sonido de su propia voz, llamándola a la cordura, obligó a Verónica a volver en sí con una súbita sacudida y advertir, neblinosa y asustada, lo absurdo de sus palabras.

—Discúlpame; no sé cómo sucedió; discúlpame.

Arturo la escudriñó con honda condescendencia, trató de sonreír, la cobijó en su pecho, la besó en la frente.

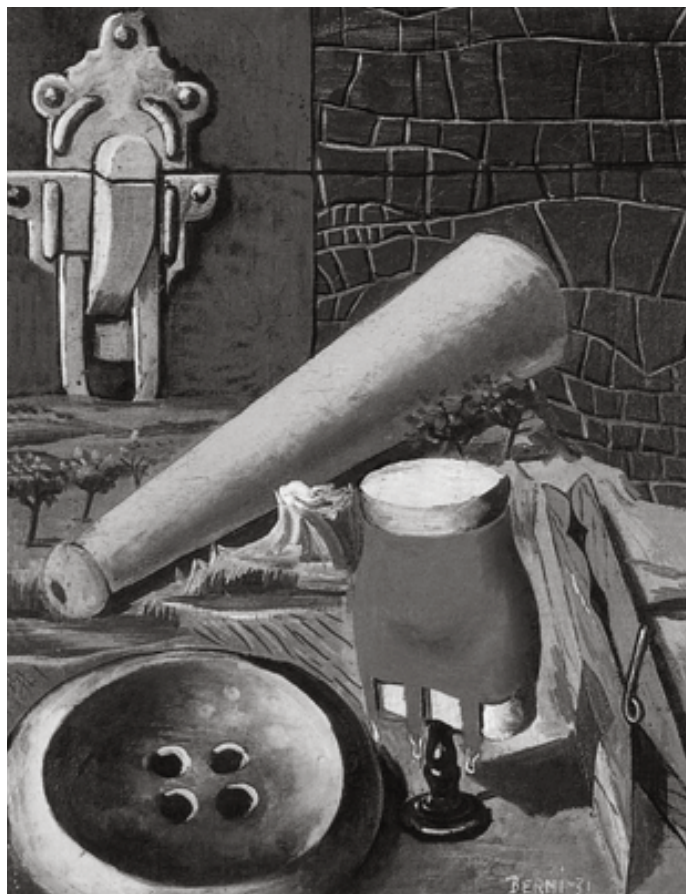
—Ocurre lo mismo con las estrellas —le dijo con pesar, con dulzura.

Verónica no supo lo que quería decir, sólo intuyó que Arturo entendía, y le prometió que aquello no se repetiría más. La sintió tan frágil, tan vulnerable, y se sintió tan inhábil frente a ella que procuró omitir de inmediato que el niño había estado llorando, desvanecer el fantasma, quitarlo de en medio antes de que se propagara en obsesión, vayamos al planetario, no, mejor al teatro, al cine, a cenar. Terminaron por cenar en casa, vieron una película cualquiera en la televisión y se fueron a dormir. Arturo se impuso el deseo, pero Verónica estaba distraída, como pendiente de algún sonido que pudiese provenir de la habitación contigua. Finalmente se durmieron, tocando sus sueños con el aliento, con la piel, y al día siguiente las sonrisas candorosas demostraron que no había pasado nada, la vida seguía siendo la de siempre. De todas maneras habría que estar atento, vigilarla, quizá no les vendrían mal unas vacaciones en el mar, revivir la felicidad de la luna de miel en el mar.

Verónica pasó varios días sin atreverse a volver al cuarto de su hijo. En cuanto Arturo se marchaba, encogía el cuerpo lo más contraído que pudiera y se envolvía un rato más entre las sábanas, acaso para protegerse de las figuraciones. Ese ejercicio la ayudaba a reducir la inquietud el primer tramo de la mañana. Después, el frío calor del sol que se metía hasta la última entraña de la

casa, la obligaba a levantarse y salía del lecho con el propósito fijo de mantenerse ocupada en los quehaceres, cocinando, poniendo ropa en la lavadora, cosiendo, así evitaba que su imaginación actuara en su contra y la atormentara, anhelaba tanto volver a la normalidad, prevenir el acoso de la compulsión y estar tranquila, en paz. No obstante, pronto empezó a manifestarse un impulso que a cada instante le era más difícil reprimir, en su interior la razón y los sentimientos se enredaban y tenía que encerrarse en la cocina o en el baño para no correr a abrir la puerta que ella misma había vedado y tras la cual su niño gemía exigiendo su presencia. No es verdad, no es verdad gritaba cada que despuntaban los lamentos, no es verdad, no es verdad repetía tratando de apisonar con el volumen de su propio alarido aquella imploración clandestina que crecía y crecía y acababa por ocupar la casa entera. A su regreso, Arturo la descubría tirada en un rincón, ovillada, equívoca, los miembros agotados, la conciencia vencida, el corazón otra vez fuera de su lugar. Precaria, se amparaba en él y la desolación y el miedo desaparecían. Pero Arturo, a espaldas de sí mismo, iba perdiendo la paciencia, la entereza de carácter.

A veces la desazón de verla así, metida en ese remoto refugio, ahincada en ese atroz estar a solas, en ese infinito tener la atención puesta del otro lado de la puerta, le provocaba un ansia incontenible de romper cosas contra el piso, discutir, pelear, expulsar el fastidio, la rabia, era tan irracional, tan estúpido, tan ridículamente cierto ese vivir en el pasado por parte de Verónica, ese persistir en el atrás, en el antes, y su cara sin ilusiones, su actitud caída, desencantada, y de repente lo que lo contenía era encontrarse con la expresión reveladora, el movimiento acompasado, precavido, para no hacer ruido, no fueran a despertarlo, la figura rígida, y la frase, la noticia insólita de lo que el niño había hecho, una emoción auténtica al contarle cómo le había dado de comer, cómo había jugado con él, lo había bañado, le había cambiado los pañales, una desconocida que cariñosamente le informaba sobre su hijo y conducía su interés a la puerta cerrada que él nunca traspasaba, y él, confundido, desconcertado, hablaba del trabajo, trataba de desviar su apego, de removerle esas fantasías de la cabeza, o con medida precaución escogía no contradecirla, no confrontarla con la evidencia, la dejaba prendida del engaño, creía que con seguirle un poco la corriente bastaba para que el malestar pasara, una alteración de los nervios pasajera, nada más, tendría que adoptar algunas resoluciones para distraerla, llevarla a divertirse, algún espectáculo, no era prudente portarse de esa manera silenciosa y retirada, le proponía que saliera, que fuera a visitar a su madre, a sus hermanas, a Lucía con la que se llevaba tan bien, que tuviera amigas, que tomara clases de algo, de yoga, de cocina, sólo que él sabe perfectamente que a ella no le gusta nada de eso, ella es muy feliz en su casa, que no se preocupara, de veras, y además



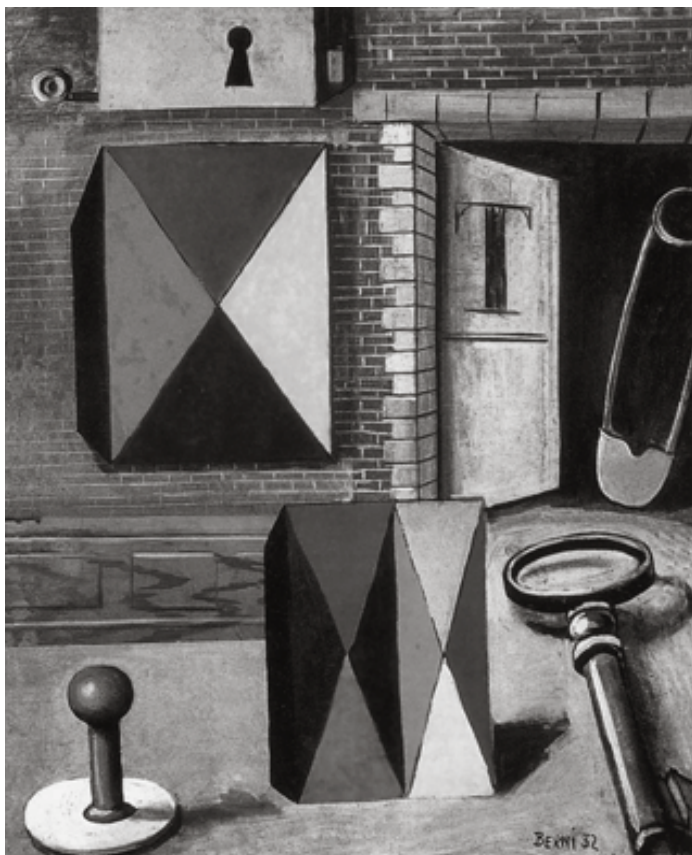
Antonio Berni, *Objetos en el espacio II*, 1931

el niño, ni modo de sacarlo así de tiernito, prefería quedarse con él, aún no era conveniente dejarlo encargado con nadie. Y, en busca de desahogo, Arturo se encerraba en su estudio, para reponerse, para darse ánimos.

Más tarde, Verónica reconstruía en el recuerdo la imagen, cada vez más clara, más cercana de Arturo cuando era niño, la imagen de su niño Arturo. Podía mirarlo dormir, acercarse despacito, contemplar la tranquilidad de su sueño. Podía mirarlo despertar, reír, y de pronto ya no pudo verlo sino a través de un vidrio opaco, en un paraje hondo, abierto, sin límites, y durante unos minutos interminables pegó la cara en el cristal. Las pequeñas pupilas, limpias, ávidas, se alzaron hacia ella implorando su protección. Verónica, sin oponer ya ninguna resistencia, inclinó su ternura sobre Arturo.

—Mi niño. No temas, mi niño, yo estoy aquí —le dijo pasándole los dedos por el rostro y besándolo mucho en la frente y en las mejillas—. Perdóname si no he estado contigo. No llores más, mi lindo, mi querido, yo estoy aquí.

Y los ojos dóciles de Arturo se abrieron suavemente a la oscura complejidad de un semisueño engañoso, emitió un gemido lacio, inocente, y sonrió. Ocurre igual con las estrellas, oyó que dijo su pensamiento, mueren y su



Antonio Berni, *La puerta abierta*, 1932

luz continuó su trayecto en el espacio. Ellos habían perdido un hijo y eran ahora, a la vez, el hijo que habían perdido. Quizá su vida no era sino un reflejo, el destino incanjeable que las estrellas trazaron para ellos, para su amor. Acaso, y eso no podrían ya nunca saberlo, existían únicamente como recuerdos en la memoria de su hijo. Sin despertar, Arturo se acercó a Verónica y confundió su débil temblor con su propio estremecimiento.

Definitivamente, aquel apremio resultaba ya peligroso, inclusive para él, no se trataba de un simple error, de una crisis, la situación de veras estaba mal, la misma Lucía le recomendó por qué no la llevas con el médico, que la revisen no vaya a ser algo serio, y Arturo aceptó pues Verónica se iba quedando en el ayer, o mejor dicho en la invención de un ayer que se empeñaba en convertir en certeza, y perdiéndose en él, y perdiéndose para Arturo que no podía hacer nada para retenerla de este lado de la puerta. Pobre Arturo, sumergido en el vacío de su amor inútil, humillado por la conmoción y la incoherencia, incompetente para prever o detener el desenlace que ya se anunciaba. Las primeras semanas la mamá de Verónica y las tres hermanas, en particular Lucía, se turnaban para atenderlo y ayudarlo porque la enferma necesitaba inyecciones y pastillas, cuidados, seguir un

régimen estricto, guardar cama y estar en reposo, ninguna agitación. Después sólo Lucía seguía pendiente de su hermana y de su cuñado que no se tenía ninguna culpa y que vivía un martirio espantoso al lado de su mujer que nada que mejoraba, más bien se hallaba cada día peor, más abandonada a sus delirios, ya ni siquiera reconocía a Arturo ni a Lucía que se mostraban sin cesar tan buenos con ella y ella tan perjudicada, tan acabada por la cruel enfermedad. Qué impresión verla, pobrecita, ida ya por completo, inerte ante la atracción irresistible del territorio prohibido, del niño que la mayoría del tiempo necesitaba que estuviera a su lado, pendiente de su alimentación, de su aseo, de su descanso que de un minuto a otro se descomponía. Y los doctores lamentablemente el tratamiento no está dando el resultado esperado, habrá que aumentar la medicación, no es conveniente que siga en su casa, hoy los vecinos de arriba despertaron al niño, estaba dormido, tranquilo, y empezó con sus músicas estridentes y taconazos y gritos y me lo despertaron y no ha logrado volver a descansar. Y no es que Arturo se desobligara o que hubiese dejado de amarla, no, pero resultaba ya muy difícil atenderla, tenía que cumplir con el trabajo, tan absorbente, y los doctores que no daban esperanzas, las probabilidades si hemos de ser sinceros son escasas, y él totalmente descorazonado tragándose las lágrimas, negándose a la rendición, resistiéndose a internarla, la determinación se le atoraba en la garganta, hasta que no quedó otro remedio. Con gran dolor, con grave pena, el sanatorio era ya la única salida. Ahí Verónica iba a tener la atención que su padecimiento requería, no era cosa de resignarse ni tampoco de huir del problema, se trataba de ser realistas, simplemente realistas. Y el suplicio de dejarla en ese hospital horrible, deprimente. Y el regreso a casa, solo. Y el llanto en la oscuridad, el llanto inacabable por ella, por él, los dos tan solos.

Por supuesto, Arturo se sentía de lo más desgraciado, en especial los primeros meses, como le quedaba enorme el departamento lleno de recuerdos, la sala, el sofá para ver televisión, la cama con su almohada para dos y su edredón azul, su estudio con el microscopio, el telescopio y su inmensa soledad de estrellas, y la habitación del niño clausurada, salir a trabajar, las visitas a la clínica al principio todos los días y luego, cosa de lo más comprensible, espaciándolas hasta quedar en dos veces por semana, al final sólo los sábados, y la presencia de Lucía que le hacía tanto bien, que era como una recompensa por el impío sufrimiento, que se mostraba invariablemente amistosa, comprensiva con él, con su tristeza, con su amargura, verla sonreír junto a él y agradecerle esta nueva claridad, esta nueva frescura, la mano de Lucía apoyada en el brazo de Arturo, cada vez más cerca conforme Verónica se alejaba más y más, un sábado al mes, y la vida volvía a acomodarse, tenuemente, de manera sencilla, natural. [U]